

Fábrica de galletas y confites



ANA MARÍA CADAVID

Busco un álbum con dibujos del colegio, es de cuando tenía cuatro años. Lo quiero ver porque recuerdo que pinté una cruz negra; dos líneas en crayola, con una serpiente abajo. Lo hice para ilustrar una historia que las monjas nos contaron de una misionera en el Amazonas. En ese momento, yo quise ser misionera. Después, cuando vi *Hechizada*, quise tener poderes mágicos y más adelante, al ver al Capitán Costeau, quise ser buceadora. Abro los cajones. Busco y busco, pero no encuentro el álbum y cuando estoy a punto de renunciar abro una caja y descubro mi vieja colección de estampillas. Y en ella, un sobre de manila con una inscripción: “Accidente aéreo”. Lo abro. Adentro hay un sobre de carta. Lo miro. El papel, que alguna vez fue blanco, es café claro. Leo un sello en tinta azul marino: “Demorada la entrega por haberse transportado con el avión von Krohn...”. hasta ahí puedo leer porque lo que sigue está desleído y solo se alcanza a descifrar un mil novecientos treinta y... otro borrón. Ese sobre me lo había regalado Nena, la tía soltera de mi mamá, junto a una pequeña colección de estampillas. Me dijo que había sido rescatado de un accidente aéreo. Yo, muy emocionada, recibí todo para ser filatelista por un día.

Leo quién era el destinatario de esa carta: Fábrica de galletas y confites Noel. Y arriba veo que está membretado el remitente: Compañía Nacional de Chocolates. Agencia de Popayán. Nada íntimo.

Pero, tía, ¿de qué murió? De vértigo azul. Eso parece un tango, ¿cierto? Apenas tenía veintiséis años.

Recuerdo que Gardel cayó en el año 35, el mismo año en que murió mi abuela Leonor. El corazón se me acelera. Mi mamá tenía siete meses. Corro a llamarla y le pregunto la fecha exacta de la muerte de su

mamá, pero no sabe. Me cuenta que ella heredó el nombre, porque antes se llamaba María Ángela, pero tras la muerte de su mamá la llamaron Leonor. Me sugiere que le pregunte a su hermana mayor, la que vive en Santa Marta. Me dice: “Lía es como tú, le fascinan esas historias”.

Llamo y al principio me habla con la voz pausada y temblorosa, pero cuando le pregunto por su mamá aviva el tono diciendo que se acuerda perfectamente. Que ella tenía seis años y un día antes las llevaron a la casa de la abuela Berta, a las cinco niñas juntas, porque a su mamá la tenían que operar. Que al otro día las tres mayores se asomaron a la ventana y vieron una fila de gente vestida de negro caminando hacia la catedral. Entre esas personas estaban los abuelos, las tías y el papá y entonces preguntaron y les dijeron que era una huelga. Pero al seguir preguntando por ese cajón que llevaban cargado las regañaron para, en seguida, acostarlas a hacer una siesta. Más tarde, cuando despertaron, Blanca Margarita, la del medio, le dijo a Mamaberta que había tenido un sueño muy bonito: “Mi mamá se despedía y me daba la bendición”. Y entonces Mamaberta se puso a llorar y le dijo: “Mija, su mamá se murió”.

¡Qué tristeza!

Pero, tía, ¿de qué murió? De vértigo azul. Eso parece un tango, ¿cierto? Apenas tenía veintiséis años. ¿Y cinco niñas? Se casó de diecinueve. ¿Cuántos años tenía Tatín en el momento de la muerte de ella? Veintiocho. ¡Un viudo muy joven! Claro, y nos descargó donde Mamaberta para volver a ser un soltero, sin mujer y sin hijas. Sin zapatos que lo apretaran. ¿Te acuerdas de la fecha exacta en que ella murió? No, mija, en este momento se me escapa ese dato. Me emocionan tanto estas historias que los números se me enredan. Es que a veces me aburro aquí, tan lejos de mis hermanas. ¿Y tus hijos te visitan? Claro que sí, Jorge vive aquí en este edificio. Espérate me voy acordando. Hagamos cuentas, Lía; mi mamá es del final de octubre y si tenía siete meses es porque murió en junio del 35 y Gardel. No, no creo que haya muerto en esa fecha, si fuera así, ya me habría acordado. Espera, tía, busco en internet la muerte de Gardel. Sí, fue un 24 de junio, hay una filmación. Están las últimas sonrisas en el aeropuerto de Bogotá rodeado de capitalinos abrazándolo. Dicen que Medellín fue una escala para abastecerse de combustible antes de llegar a Cali. Raro ese desvío. El avión, si vieras ese avión, estaba hecho en una lata que parece cartón corrugado, como un juguete sale carreando por una pista de tierra y ¡pum!, el choque. Una humareda

y todos los admiradores salen corriendo. Totalmente documentado. Es que era una celebridad muy importante. Aquí estoy leyendo que el avión es el F-31 y espérate indago las causas del accidente. Oye esta perla: “Según algunos testigos la nave estaba ligeramente sobrecargada y con el centro de gravedad atrasado por la ubicación de dos valijas muy grandes pertenecientes a Gardel y cintas de una película en la parte trasera del compartimiento de pasajeros”. Y además dice que reconocen el cadáver por un puñal de oro que siempre llevaba con él. También está la película del funeral. ¿Dónde? Pues allá, donde a los entierros les dicen funerales, en Buenos Aires, Argentina. Qué charrura. Quién sabe cuánto se demoraron en llevar ese cadáver hasta su tierra. Imagínate que, como una canasta llena de flores, con una grúa, bajan el ataúd de la cubierta del barco y la gente, enloquecida, se agolpa y lo llevan cargado hasta una carroza tirada por ocho caballos. ¡Ocho caballos! Y dicen que Buenos Aires lo llora persiguiendo su féretro por las calles, lanzándole flores. Y más flores. Todo en blanco y negro. Espérate yo busco las palabras “von Krohn” en internet.

Y mi mamá se murió de veintiséis añitos. Mija, ¿me estás oyendo? Sí, sí, muy joven. Nosotras cinco, tan chiquitas, sin mamá y de arrimadas donde la abuela. Y un vértigo azul nos la arrebató. ¿Me estás oyendo? Sí, Lía, Medellín era un pueblo, ¿cierto? Hay un tango que se llama “Cardo azul”. ¿Y “Cuartito azul”? Me imagino que en esa época los accidentes aéreos eran muy comunes. Vértigo azul. De qué habrá muerto realmente. Cuando crecimos nos dijeron que fue la anestesia por una apendicitis. ¿Éter? Cloroformo. ¿Un paro cardiorrespiratorio? No sé, siempre nos dijeron que se había muerto de vértigo azul y a nosotras nos sonaba muy bonito. La inocencia. Y nos pusieron cintas negras. ¿En la cabeza? No, en el brazo, como las cintas de la primera comunión. Pero negras. Tan chiquitas y enlutadas. ¿Cómo era ella? Bonita, muy bonita. ¿Has visto las fotos? Sí, en la familia son famosas, en todas las casas hay copias. Es como esas divas que mueren en su esplendor y se convierten en un mito. Yo tengo esa foto en que ella apoya el mentón en el dorso de la mano mirando a la cámara. Es divina. Y de ella solo nos quedaron fotos. Muy triste. ¿Le gustaba el tango? No sé, pero recuerdo que antes de que se la llevaran para la operación dejó señalado en la pared el sitio donde quería que le pusieran un teléfono. ¡Pero qué modernidad! ¿Te imaginas la ilusión de ella? Un teléfono que nunca pudo contestar. Una llamada que nunca pudo hacer. Desde que ella se murió no volvimos a la casa de nosotras, pero a veces pienso que mi papá le habría dado una mala vida, que estaba mejor en el cielo... Éramos cinco huerfanitas y Mamaberta y las tías, Nena y Tita, que se encargaron de nosotras.

Y ese sobre. ¿Cuál sobre? ¿De qué me estás hablando? Mira, cuando yo era chiquita, Nena me dio la colección de estampillas y también un sobre

rescatado de un accidente aéreo, eso me dijo. ¿Sí? Qué emoción, cuéntame. Ese sobre, al parecer, iba... ¿En el avión de Gardel? ¿Por qué lo tenía Nena? Me imagino que por ser filatelista guardaba todas esas cosas. ¿Solo es un sobre o hay una carta? Dime. No, nada, está vacío. ¿Chamuscado? Viejo. ¿Qué dice? “Demorada la entrega por haberse transportado con el avión... F-31”, después un borrón y un mil novecientos treinta... y otro borrón. ¿Hay destinatario? ¿Remitente? ¿Se puede leer? Sí, tía, la carta era para... el señor Carlos Gardel. ¿Y quién remite? ...Tu mamá, Leonor Gómez.

¡Una carta de mi mamá! Ay, Dios, me dejas con la boca abierta. Me voy a caer de la silla. Eso está muy raro. ¿Y no está quemado? Un poquito ahumado. ¡Increíble! Sí, Lía, es como en la caída de las Torres Gemelas, en medio de esa nube espesa de cemento se veían las hojas de papel caer despacio, intactas. Eso es mágico, ¿cierto? El papel tiene esa virtud, es delicado y a la vez resiste los impactos en que otras cosas se desintegran. Sí. Cae un avión y cuando van a ver los cadáveres, los reconocen por los documentos. O por los dientes. O por el puñal de oro. ¡Qué extravagancia! ¡Para qué alguien carga un puñal de oro! Por lo mismo que Diomedes tenía un diamante en un diente; pues para que los reconozcan. Y esa carta rodando por ahí. Viajando con Gardel. Me dejas pensando con esta llamada, me voy a quedar rumiando eso toda la tarde. No voy a poder dormir esta noche. Una carta de mi mamá para Gardel, ¡por Dios! Me encanta oírte así de contenta. ¡Y ya me acordé! Mi mamá murió un 18 de junio, el mismo día del cumpleaños de Mamaberta. Una semana antes que Gardel. Qué lástima, hubiera sido muy bonito si se hubiera muerto el mismo día. Sí. Más importante. Sí. Más relevante. Pero qué importa, esa carta iba con él. ¿Iría en la maleta? ¿La habrá leído? ¿La llevaría en un bolsillo del saco? ¿En el pantalón? ¿Con el puñal?

Después de colgar el teléfono, leo en la pantalla: “El hidroavión Sikorsky S-38 de la scadta con matrícula C-46 y bautizado con el nombre de Von Krohn se accidentó el 10 de marzo de 1934, mientras realizaba la ruta: Buenaventura - Andagoya - Quibdó - Cartago - Medellín”. ■

ANA MARÍA CADAVID M.
(COLOMBIA)

Sus libros publicados son: *Arma de casa* (Silaba), *Anaea* (Silaba), *Bitácora de Luna* (Panamericana) y *Lenguas de fuego* (Eafit). En 2006 ganó el concurso Las 700 del ego de la revista *El malpensante*, y en 2017 fue finalista del concurso La cueva. Ha sido también publicada en diversas antologías y revistas.

